

Tuvo el P. Orozco un hermano, jesuíta como él, autor de una interminable elegía en doscientas décimas, con el título de *Lamentos por la muerte de la Compañía de Jesús, y consuelos al ver que comienza á resucitar en la Rusia*, que si no honran mucho su talento poético, prueban á lo menos su filial amor á la Compañía, de la cual dice entre otras cosas:

No hubo lugar que se hallase  
Aunque remoto é inculto,  
Donde á Dios el sacro culto  
Tu celo no tributase:  
No hubo nación que quedase  
Á tus ojos escondida,  
Y que no diese rendida  
Á Jesús el corazón,  
Por ti hallando salvación  
En las fuentes de la vida.

El P. Ramón Viescas es, de todos estos poetas, el que muestra más arte, mejor gusto y más sólidos conocimientos de humanidades. Tradujo é imitó mucho del italiano y aun del francés, pero con estilo propio y con soltura. *El sueño sobre el sepulcro de Dante*, la canción *á la extinción de la Compañía de Jesús*, la elegía *á la muerte del P. Ricci en las prisiones*, son paráfrasis ó imitaciones; pero sea lo que quiera de su originalidad, son poesías de noble asunto, de entonación lírica, de sabor clásico, de mucho jugo en las ideas, y de versificación armoniosa y pulcra en general, aunque no enteramente libre de prosaísmos y descuidos, bien perdonables en versos que su autor no parece haber destinado nunca á la publicidad. Los romances y décimas de donaire, que componía con mucha facilidad, no carecen tampoco de gracia.

De otro jesuíta de Riobamba, el P. Ambrosio Larrea, se conservan sonetos no despreciables en castellano y en italiano, mejores éstos que aquéllos (1). Su hermano el P. Joaquín Larrea versificó únicamente en italiano. El P. Joaquín Aillón dejó algunos versos latinos de poca monta.

Todavía no hemos apurado la lista de esta brillante emigración. Al P. Juan de Velasco hay que perdonarle sus versos desaliñados é insulsos, ó más bien olvidarlos de todo punto, en consideración á su verídica y noticiosa *Historia del reino de Quito*, que es su verdadero título al agradecimiento de la posteridad. Basta citar al vuelo los nombres del P. Juan Ullauri, del P. José Garrido, del P. Nicolás Crespo y el P. Juan Arteta, versificadores latinos, y finalmente del P. Mariano Andrade, autor de un romance bastante sentido, despidiéndose de Quito:

Esa ciudad donde el cielo  
Gastó todos sus aliños,  
Como si plantase allí

(1) Creemos digno de transcribirse, sin embargo, un soneto castellano á la *Virgen de los Dolores*:

No al sol la nube afea si le encubre,  
Ni del alba el llorar quita á las flores  
Sus hermosos, vivísimos colores,  
Antes más agradables los descubre;  
Las lluvias, más frecuentes en Octubre,  
Aumentan en el prado los verdores;  
Con ellas el jazmín crecè en candores  
Y la rosa de púrpura se cubre:  
Tal, oh Virgen bellísima, tu llanto,  
Como el tierno rocío de la aurora,  
Muestra sólo el dolor, muestra el quebranto;  
Pero así como el alba cuando llora  
Es de los ojos peregrino encanto,  
Así el llorar en ti más enamora.



El celeste paraíso;

Esa ciudad donde el arte  
Supo excederse á sí mismo.  
Viéndose lo natural  
Junto con el artificio;

.....  
Esa ciudad donde todo  
Tiene en sí tales hechizos,  
Que aun las piedras de las calles  
Parecen de imán activo.

Allí es donde siempre el aire,  
Adulando los sentidos,  
Es respiración vital,  
Templadamente benigno;

Allí donde amante el sol,  
Con inseparable giro,  
Está siempre vertical  
Por contemplar aquel sitio;

Allí donde los verjeles  
Con su natural cultivo  
Deliciosamente juntan  
Lo fértil con lo florido;

.....  
Allí entre tantos verdores,  
Donde todo está florido,  
Quedó mi esperanza muerta,  
Reverdeciendo el olvido;

Allí la gente que habita  
Tiene por lengua el cariño,  
Por corazón la blandura,  
Y por alma el beneficio.

.....  
La planta que se ha arrancado  
De su terreno nativo  
Muere, perdiendo aquel suelo  
Y á quien debió su cultivo:

Así también yo, arrancado  
Del propio suelo patricio,  
Daré la vida, perdiendo  
El terreno en que he nacido (1).

(1) Nótese la coincidencia de estos versos con los ya citados del P. Orozco y de Heredia.

Recibe, pues, patria mía,  
Estos amantes suspiros.  
¡Oh, quién te enviara hasta el alma  
Con los suspiros que envió!

Recibelos, y si acaso  
Su dueño no has conocido,  
En viendo turbado tu aire  
Conocerás que son míos.

.....  
No es mi dolor como aquellos  
En que manda el albedrío,  
Sino tan forzoso, que  
Sale el llanto sin arbitrio.

Mas ¿qué mucho que así sea,  
Si en la causa por que gimo  
Hasta lo invencible llora  
Con tristes, mudos gemidos?

Mis ayes vienen á ser  
Como aquel eco preciso  
Que repite el tronco ó bronce  
De algún duro golpe herido.

.....

Hay en estos versos una simpática mezcla de ingenuidad y discreto que nos hace lamentar la pérdida de las demás composiciones que sin duda escribiría el padre Andrade (1).

(1) Al P. Velasco se debe la conservación de todas las poesías de jesuitas ecuatorianos citadas en el texto y de otras muchas de menos importancia que omitimos. Fueron recogidas por él en una miscelánea en seis volúmenes que formó, llamándose *El Ocioso de Faenza*.

El P. Velasco murió en 1819, á la avanzadísima edad de noventa y dos años, y sus papeles, confiados á un sobrino suyo, fueron trasladados al Ecuador por D. José Modesto Larrea, en 1825. Después de varias vicisitudes, estos manuscritos fueron depositados en la Biblioteca Nacional de Quito, por orden del presidente García Moreno. Pero parece que en estos últimos años han desaparecido los tres últimos volúmenes. Afortunadamente, las principales composiciones habían sido dadas á luz por el Sr. Mera en 1868. No todos los versos contenidos en el ms. de Faenza son de jesuitas; hay también algunos de poetas seculares, entre los cuales se citan un romance de



Honda brecha abrió la expulsión de los jesuitas en la cultura literaria del Ecuador, que apenas tenía más profesores de humanidades que aquellos Padres; pero allí, como en Nueva Granada, la influencia de las expediciones de astrónomos, geodestas y naturalistas europeos vino á levantar el nivel de la cultura científica en la segunda mitad del siglo XVIII, despertando al mismo tiempo cierta fermentación del espíritu crítico, que no podía menos de ser precursora de otro género de novedades. De 1735 á 1744, con objeto de determinar la verdadera magnitud y figura de la tierra, por la medida de algunos grados del meridiano terrestre, visitaron las regiones equinocciales los sabios franceses Godin, Bouguer, La Condamine y Jussieu, y los españoles D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, que consignaron sus *Observaciones astronómicas y físicas* en un libro memorable. Quito dió cinco dibujantes á la expedición de Mutis, y una especie de Mecenas científico en la persona de D. Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, que había de ser, andando el tiempo, uno de los principales miembros de la Junta revolucionaria de 1809 y una de las primeras víctimas de las represalias de los realistas. En 1801 Humboldt y Bonpland llegaban á Quito, ampliamente favorecidos por el Gobierno de Carlos IV, para sus grandes estudios sobre la Física del globo y la Geografía de las plantas. Poco después el inmortal neogranadino Caldas, á quien España debe

---

una Musa Quitense *Á las Siete Palabras del Redentor en la Cruz*, y una canción burlesca *Á una dama de travieso genio, por un ingenio travieso quitense*. Vid. en los *Anales de la Universidad Central del Ecuador* (Serie 4.<sup>a</sup>—1890) un artículo del Dr. D. Manuel M. Pólit, sobre *Poetas Ecuatorianos del siglo XVIII*.

un monumento expiatorio, emprendía un viaje botánico al Ecuador, con el principal objeto de estudiar en su terreno nativo las quinas de la provincia de Loja. «Sobre este importante asunto (dice el docto biógrafo de Mutis) (1) escribió Caldas una Memoria llena de oportunas observaciones, y trazó un plano geográfico para manifestar el estado de los montes donde crecen aquellos preciosos arbustos: comisionado por el presidente Carondelet, recorrió las montañas de Malbucho, y delineó y trazó el camino que pretendía abrir desde la ciudad de Ibarra hasta el Pacífico aquel virtuoso magistrado. Rico en ciencia y abundantemente provisto de un copioso herbario de plantas ecuatoriales, de planos geográficos y de preciosas observaciones, regresó á Bogotá, donde, á la muerte de Mutis, se le confió el cargo de director de la Expedición Botánica.»

No necesitaba mayores estímulos el ingenio vivo y agudo de los quiteños para dar brillante muestra de sí, á pesar del embarazo de la falta de imprenta. En 1779 empezó á correr de mano en mano en la ciudad de Quito y luego en otras de América, no sin que algunas copias llegaran á España, un libro que agitó poderosamente la opinión, con el título de *Nuevo Luciano ó despertador de ingenios*. Su autor seguía resueltamente las huellas de Feijóo y del famoso arcediano de Évora Luis Antonio de Vernei, comunmente llamado *el Barbadinho*, atacando de frente y sin contemplaciones ni miramiento alguno el vicioso método de estudios que

---

(1) Don Federico González Suárez, *Memoria Histórica sobre Mutis y la expedición botánica de Bogotá en el siglo pasado (1782-1808)*..... Quito, 1888, página 95.



prevalecía en las colonias, trasunto fiel, aunque todavía más degenerado, del que imperaba en la Península durante la primera mitad del siglo XVIII. Era autor de esta aguda y violenta sátira, dispuesta en forma de diálogos, en que no escaseaban los nombres propios ni los ataques personales, un descendiente de la raza indígena, llamado el Dr. Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, médico y cirujano, con fama de muy hábil en el ejercicio de su profesión, y con fama todavía mayor y bien merecida de hombre de conocimientos enciclopédicos, de gran variedad de aptitudes, de ingenio despierto y mordaz y de grande inclinación á las ideas novísimas, así en lo científico como en lo social y en lo religioso. Arrastrado por estas propensiones suyas, hizo en una sátira posterior al *Nuevo Luciano* amarga censura del régimen colonial, encarnizándose con el mismo ilustre Marqués de la Sonora, cuya política ultramarina como ministro de Carlos III ensalzan y ponen hoy en las nubes los mismos americanos que profesan doctrinas análogas á las que el Dr. Espejo difundía. Esta sátira, calificada por el Presidente de Quito de *sangrienta y sediciosa*, valió al Dr. Espejo un año de cárcel, y luego un largo destierro á Bogotá, donde se entendió con Nariño y otros criollos de ideas afines á las suyas, y contribuyó á preparar el movimiento insurreccional de 1809. Las ideas que hervían en la cabeza del médico ecuatoriano bien claras se revelan en el famoso y en algunos pasajes elocuente discurso que desde Bogotá dirigió al Cabildo de Quito y á los fundadores de una especie de sociedad económica que tomó el título de *Escuela de la Concordia*. El autor empieza diciendo: «Vivimos en la más grosera ignorancia y en la miseria más deplora-

ble.» ¡Como si sus propios escritos, nacidos bajo el régimen colonial y al calor de ideas venidas de España, no fuesen la prueba más perentoria de lo contrario!

La *Escuela de la Concordia* duró poco, y todavía menos el periódico que ella fundó en Enero de 1792 con el título de *Primicias de la cultura de Quito*. El Doctor Espejo, complicado, con razón ó sin ella, en nuevos planes revolucionarios, murió en un calabozo por los años de 1796, y sus obras quedaron inéditas, incluso el *Nuevo Luciano*, que es la más importante de todas, y que esperamos ver pronto de molde por diligencia de la Academia Ecuatoriana.

Esta obra crítica está dividida en nueve conversaciones, siendo interlocutores dos personas reales y verdaderas, el Dr. D. Luis de Mera, natural de Ambato, que defiende la causa de la razón y del buen gusto y lleva la voz del autor, y el poetastro D. Miguel Murillo, en cabeza del cual se ponen todas las corruptelas literarias. Sucesivamente van discutiendo sobre la Retórica y la Poesía, sobre el criterio del buen gusto, sobre la Filosofía, sobre la Teología Escolástica, sobre un nuevo y reformado plan de estudios teológicos, sobre la Teología Moral de los jesuitas y sobre la Oratoria sagrada. Las fuentes principales de la doctrina literaria del Dr. Espejo son las *Reflexiones* de Muratori *sobre el buen gusto*, las *Conversaciones de Aristo y Eugenio* del P. Bouhours, y más especialmente el *Verdadeiro methodo d' estudar del Barbadinho*, con la misma mala voluntad de este último contra las escuelas de los jesuitas y aun acrecentada y subida de punto. Del gusto de los de la provincia de Quito nos da extrañas noticias, afirmando que imitaban y admiraban á Lucano con preferencia á cualquier



otro poeta latino, y que no tenían en sus bibliotecas un Longino ni un Quintiliano. De aquí deduce que ignoraban totalmente el alma de la Oratoria y de la Poesía, «que consiste en la naturalidad, moderación y hermosura de imágenes vivas y afectos bien expresados», y que, por el contrario, preferían siempre lo brillante á lo sólido, lo metafísico á lo propio, lo hiperbólico á lo natural, siendo sus autores favoritos en el Parnaso español, Villamediana y Bances Candamo, el portugués Antonio de Fonseca Soares (Fr. Antonio das Chagas) y un cierto D. Luis Verdejo, autor de un poema gongorino sobre el *Sacrificio de Ifigenia*. Lo que asombra verdaderamente é indica cuán débil era el sentido del arte en este reformador tan audaz, es que á renglón seguido de tales censuras, conceda la palma entre todos los poemas españoles á la *Farsalia* de Jáuregui (que además de ser una traducción, aunque parafrástica y valiente, es en el estilo tan obscura, inextricable y culterana como el mismo *Polifemo*), y á la *Lima fundada* del Dr. Peralta Barnevo, que fué sin duda un monstruo de erudición, pero hombre de muy escasas dotes poéticas, y además conceptista furibundo, grande amigo de sentencias simétricas y de rebuscadas antítesis.

El *Nuevo Luciano*, cualquiera que sea su valor intrínseco, es (después del *Apologético* de Espinosa Medrano) la más antigua obra de crítica compuesta en la América española. En tal concepto, y á título de curiosidad histórica, era imposible omitirla (1).

(1) Debo á mi amigo el eminente humanista D. Miguel A. Caro copia de la parte del *Nuevo Luciano* referente á la Retórica y la Poesía. El mismo señor Caro me comunica las siguientes noticias acerca de una impugnación que se escribió en Lima:

No fué Espejo el único ni el principal hombre de ciencia que el siglo XVIII produjo en el Ecuador. Él mismo, en el discurso ya citado, hace patriótica, aunque hiperbólica conmemoración de algunos otros, y especialmente de D. Pedro Maldonado, «una de esas almas raras

«Marco Porcio Catón, ó Memorias para la impugnación del «Nuevo Luciano de Quito». Escribiólas Moisés Blancardo, y las dedica al Ilmo. Sr. Dr. D. Blas Sobrino y Minayo, dignísimo obispo de Quito, del Consejo de S. M.—En Lima, año de 1780. Ms. de 90 folios en 8.º

»Apuntes macarrónicos, más bien que Memorias, debía haberse intitulado esta obrilla, escrita en culto y dividida en veinte capítulos cortos. El autor del *Nuevo Luciano*, hombre de claro y sagaz talento, pero imbuido en el espíritu revolucionario que soplaban en Francia, atacó en conjunto y por su base el sistema tradicional de educación, y en especial los métodos jesuíticos. Blancardo respira la saña de que estaban poseídos los que se consideraban ofendidos y afrentados por el autor del *Nuevo Luciano*. En esta impugnación, gongórica al par que virulenta, hallamos algunos, aunque pocos, datos curiosos, respecto de la obra y autor impugnados. El *Nuevo Luciano* circuló primero anónimo, y en la segunda publicación (no impresión) de aquella obra, el autor tomó los nombres fingidos de «Dr. D. Javier de Cía, Aróstegui y Perochena», no habiendo—añade su impugnador—«en la República Literaria ni en el distrito político de Quito ningún hombre honrado que así se nombre» (cap. III). El *Nuevo Luciano* andaba en manos de todos. «¿Y acaso no se oyó también—dice Blancardo—que se había remitido á Lima, para que añadido volviera impreso? ¿Y acaso no hay quien diga que anda publicado por medio de la prensa, y que se le ha visto en los estudios de algunos amigos de la novedad?»

»No parece haberse confirmado la noticia de tal publicación que el anónimo impugnador creía realizada. Consta, sí, por una carta de Espejo, que éste remitió ó pensó remitir su obra á Madrid para que se imprimiese bajo los auspicios del Conde de Campomanes.

»Hacia el fin de su impugnación anuncia Blancardo una segunda parte, que, según creemos, no llegó á escribirse. El Dr. Espejo respondió á la primera en su opúsculo *La ciencia blancardina, ó contestación á las Memorias de Moisés Blancardo*.

Véase acerca del Dr. Espejo el *Ensayo* de D. Pablo Herrera sobre la historia de la literatura ecuatoriana, páginas 82-86, y 125-146.

En Cuenca (del Ecuador), 1888, se han publicado, como folletín de *El Progreso*, las *Cartas Riobambenses* del Dr. Espejo y las *Primicias de la cultura de Quito*. En el número 5 de este periódico, un Dr. Antonio Marcos anuncia



»y sublimes que tiene en la una mano el compás y en la  
 »otra mano el pincel, quiero decir un sabio profunda-  
 »mente versado en la geografía y geometría, y diestro es-  
 »critor de la Historia; un sabio ignorado en la Península,  
 »no bien conocido en Quito, olvidado en las Américas y  
 »aplaudido con elogios sublimes en aquellas dos cortes  
 »rivales, en donde, por opuestos extremos, la una tiene  
 »por patrimonio la severidad del juicio, y la otra el res-  
 »plandor del ingenio. Londres y París celebran á com-  
 »petencia al insigne Maldonado..... Sus obras de gran  
 »precio que contienen observaciones sobre la Historia  
 »Natural y la Geografía, las reserva Francia como fondo  
 »precioso.... La Sociedad á su tiempo deberá destinar  
 »un socio que pronuncie un día el elogio fúnebre del  
 »Sr. D. Pedro Maldonado, gentilhombre de Cámara de  
 »Su Majestad Católica y á cuya no bien llorada pérdida,  
 »el famoso Sr. Martín Folkes, presidente de la Socie-  
 »dad Real de Londres, tributó las generosas lágrimas  
 »de su dolor. Habiendo yo hecho memoria de un tan  
 »raro genio quiteño, que vale por mil, excuso nom-  
 »brar los Dávalos, Chiribogas, Argandoñas, Villarroe-  
 »les, Zuritas y Onagoytias. Hoy mismo el intrépido  
 »D. Mariano Villalobos descubre la canela, la bene-  
 »ficia, la acopia, la hace conocer y estimar. Penetra las  
 »montañas de canelos, y sin los aplausos de un Fonte-  
 »nelle, logra ser en su línea superior á Tournefort, por-  
 »que su invención, más ventajosa al Estado, hará su  
 »memoria sempiterna.»

---

desde Cuenca, con fecha de 11 de Febrero de 1791, tener muy adelantada una traducción parafrástica del Salterio en variedad de metros castellanos, y pone como muestra el primer salmo, en estilo bastante parecido al de Olavide.

Pero sea lo que fuere del mérito de estos hombres de ciencia, á cuyos nombres puede añadirse el del guayaquileño D. Pedro Franco Dávila, fundador y organizador del Gabinete de Historia Natural de Madrid, al cual sirvieron de base sus propias colecciones adquiridas por Carlos III, es lo cierto que el grande agitador de las ideas en aquella parte de América fué el Dr. Espejo, que rompiendo con la rutina en lo bueno y en lo malo, educó aquella briosa y alentada generación, que pudo enviar á las Cortes de Cádiz á D. José Mejía, como representante de Quito, y á D. José Joaquín de Olmedo, como representante de Guayaquil. Desde sus primeros discursos, Mejía arrebató á todos los diputados americanos la palma de la elocuencia, y si su prematura muerte no hubiese agostado tantas esperanzas, sería hoy mismo venerado como una de las glorias de nuestra tribuna, puesto que á ninguno de nuestros diputados reformistas cedía en brillantez de ingenio y rica cultura, y á todos aventajaba en la estrategia parlamentaria, que pareció adivinar por instinto en medio de aquel congreso de legisladores inexpertos.

Olmedo apenas dejó otro recuerdo de su paso por aquella memorable asamblea que su firma al pie de la Constitución de 1812; pero aquel viaje no fué indiferente ni para la dirección de su gusto ni para la exaltación de sus ideas. Mas antes de hablar de él y de sus poesías, conviene abrir un breve paréntesis para recordar que el movimiento de independencia de 1809 y el sangriento conflicto entre peninsulares y criollos, despertó en el Ecuador, como en lo restante de América, la inspiración poética del vulgo, dando ocasión á un número considerable de versos de circunstancias, de los



cuales ha formado interesante colección el Sr. Mera por apéndice á la de *Cantares del pueblo Ecuatoriano*. Estos versos, como casi todos los de su clase, suelen ser triviales, pedestres y chabacanos, así en la forma como en el concepto; pero siempre tienen curiosidad histórica como expresión fiel de las opuestas pasiones que dominaron en épocas ya remotas. Abundan bastante las décimas y ovillejos de los realistas, y no es de suponer que todos fuesen compuestos por españoles. La opinión hubo de estar al principio muy dividida, y sin la horrible matanza del 2 de Agosto de 1810, quizá no hubiesen llegado tan pronto las cosas al punto á que llegaron. Las poesías más notables, entre las coleccionadas por el señor Mera, son gritos de indignación después de aquella catástrofe. Una de estas composiciones, con título de *Canto lúgubre*, está interpolada con textos de la Sagrada Escritura, y no parece obra de poeta iliterato. Tampoco serían tales los que en otras composiciones emplean endecasílabos, y aun estrofas sáficas. Sólo en su condición de anónimos pueden pasar por versificadores populares. Por sus improvisaciones alcanzaron fama cuatro hermanos de Riobamba, D. Juan, D. Benigno, D. Fortunato y D. Lucas Larrea; y algunas de las décimas y letrillas satíricas que se les atribuyen, no carecen de gracia y expresan el desencanto que se apoderó del ánimo de muchos patriotas en vista de las calamidades que siguieron á la Independencia.

Y con esto llegamos á la presencia del cantor de Junín, de quien no parece fácil decir nada nuevo, después de los excelentes y maduros fallos que sobre sus versos han formulado tantos y tan excelentes críticos, entre los cuales merecen la palma D. Miguel Antonio Caro y

D. Manuel Cañete. Olmedo es, sin contradicción, uno de los tres ó cuatro grandes poetas del mundo americano: no falta quien le dé la primacía sobre todos, y, dentro de cierto género y estilo, no hay duda que la merece. Bello es más perfecto y puro, más acrisolado de dicción, mayor humanista y de arte más exquisito: Heredia más apasionado y también más espontáneo, pero lleno de tropiezos y desigualdades cuando no acierta soberanamente. Si al cantor de la Zona Tórrida fué concedida la ciencia profunda de la dicción y al poeta del Niágara la contemplación melancólica y apasionada, Olmedo tuvo, en mayor grado que ninguno de ellos, la grandilocuencia lírica, el verbo pindárico, la continua efervescencia del estro varonil y numeroso, el arte de las imágenes espléndidas y de los metros resonantes, que á la par hinchen el oído y pueblan de visiones luminosas la fantasía. El *os magna sonaturum* de Horacio parece inventado para poetas como Quintana y Olmedo.

Con decir que Olmedo es el Quintana americano, todo español, aun sin haber leído los versos del vate del Guayas, puede formarse cabal idea de sus perfecciones y también de sus defectos. El énfasis oratorio, transportado á los dominios de la poesía lírica, puede dejarnos fríos hoy á los que no participamos, sino tibiamente, de aquella explosión de afectos que fué en su tiempo enérgica y sincera; pero ¿cómo negar que en aquella forma grande y majestuosa se alberga un numen poético, digno habitador de tan solemne templo? Si no se leen los versos con los ojos de la historia, ¿cuán pocos versos habrá que sobrevivan! Y no porque les falte belleza, sino porque son rarísimas en arte aquellas bellezas evi-